

Marlene Dixon  
**La izquierda norteamericana  
y la revolución  
en América Latina**

---

En esta introducción no sería apropiado repetir simplemente la retórica antimperialista de los años sesenta. Tampoco nos es necesario, en tanto ciudadanos progresistas de Estados Unidos, lamentar una vez más la brutalidad de nuestra clase dirigente transnacional, porque quién mejor que los pueblos latinoamericanos saben, con la experiencia de las lágrimas y el valor, el precio de resistirse a los intereses imperiales del capital transnacional tal y como se encarna en el gobierno de Estados Unidos. Más bien nos parece que nuestro deber nos exige considerar, de la manera más profunda que nos sea posible, las preguntas planteadas a nuestras clases trabajadoras y a nuestras fuerzas progresistas, así como las esperanzas en ellas puestas.

**EL PELIGRO ACTUAL: LA NUEVA GUERRA FRÍA Y LA ACTUAL POLÍTICA EXTRANJERA  
E IMPERIALISTA NORTEAMERICANA**

Al iniciarse la década de 1980 los pueblos del mundo se enfrentan a una situación internacional sumamente peligrosa. La presidencia de Carter ha sido una época en que han coincidido dos hechos particularmente significativos. En primer lugar, hemos tenido una presidencia inepta y oportunista y el crecimiento proliferante de la reacción organizada dentro de Estados Unidos; en segundo lugar, ha habido alteraciones fundamentales en la configuración política y económica del sistema mundial capitalista. Ambos acontecimientos estrechamente relacionados, determinan las opciones abiertas a los diseñadores de la política de las diversas facciones del *establishment* de la política extranjera norteamericana. Para explorar las raíces de la situación actual y de sus peligros, debemos repasar la situación a la que se enfrentaba el gobierno norte-americano después de la guerra de Vietnam.

Vietnam comprobó que el imperialismo norteamericano no es una fuerza constante e inmutable. Desde fines de los sesentas su posición en el mundo había sido gravemente socavada por la crisis capitalista interna e internacional y por la escalada de la resistencia de los pueblos oprimidos y

explotados en todo el mundo. Estados Unidos salió de la guerra de Vietnam desangrado y derrotado, con la mayoría de los norteamericanos unificados en su oposición a cualquier repetición de la guerra de Vietnam, a que hubiera más guerras sangrientas en defensa de los intereses capitalistas. La decadencia del poder imperial norteamericano después de Vietnam significaba que las clases dirigentes norteamericanas ya no tenían poder para fijar en forma unilateral los términos de sus relaciones con otros países. Las opciones de que disponía Estados Unidos estaban ahora más limitadas y, en cuanto potencia mundial, ya no podía imponer su voluntad irrestrictamente a los demás países mediante intervenciones directas instantáneas, como había podido hacerlo, digamos, en Guatemala en 1954, en el Congo en 1961, en la República Dominicana en 1965. Aparte del desastre de Vietnam, los límites del poder norteamericano los reveló el hecho de que el gobierno norteamericano se viera obligado a negociar con el diminuto Panamá para concederle soberanía sobre el Canal a fin de evitar ataques guerrilleros contra el Canal y acciones antinorteamericanas en otras partes de América Latina. También en otras regiones Estados Unidos se vio obligado a hacer concesiones a los deseos de los pueblos de independencia y soberanía.

Frente a una situación internacional como la descrita no es posible entender la trayectoria del régimen de Carter sin entender las consecuencias del régimen de Nixon, en la medida en que representaba el triunfo de la fracción competitiva de la clase dirigente norteamericana, sector representado con frecuencia por elementos orientados hacia Asia con su promesa de inmensos mercados, y que tendían a rechazar el eurocentrismo de las corporaciones transnacionales y del poder financiero de los grandes bancos aliados con ellas. Nixon, por lo tanto, había puesto en práctica una política de distensión con el mundo socialista, en parte como medio para abrir el mercado soviético a los productos de consumo norteamericanos, e iniciado al mismo tiempo relaciones con la República Popular China que prometían abrir vastos y nuevos mercados asiáticos al sector competitivo.

Sin embargo, la fracción financiera y transnacional de la clase dirigente norteamericana, tan odiada por Nixon, llamada a veces los "Yankees" o el "Eastern Establishment" y re-presentada en el poder por el régimen de Carter (a través de su relación con la Comisión Trilateral), estaba enfurecida por las acciones de Nixon. La fracción transnacional quiere el regreso a los principios del libre cambio; a políticas mundiales monetarias ventajosas para el capitalismo occidental y para Estados Unidos, ganadas bajo el acuerdo de Bretton Woods (y perdidas bajo Nixon); el apoyo a la integración europea

y a los sistemas europeos de negociación comercial internacional (ventajosos también al capitalismo occidental y a Estados Unidos); y un uso limitado de la fuerza militar en regiones que se consideran estratégicas para los intereses transnacionales, primordialmente el Medio Oriente. O sea, en pocas palabras, quieren un mundo libre de peligros para la hegemonía del capital transnacional. Un mundo seguro para el capitalismo transnacional no se obtiene mediante el control de las clases trabajadoras norteamericanas solamente; es necesario además mantener controladas a las clases trabajadoras mundiales. Dicha necesidad encuentra expresión, por ejemplo, en la política del Banco Mundial, en cuanto instrumento de la guerra de clases mundial librada por el capital transnacional, porque ningún otro término describe con justicia los fines *políticos* que el Banco Mundial trata de imponer a tantos países periféricos y semiperiféricos.

De esta forma vemos que las acciones del capital, especialmente del capital monopólico transnacional, jamás se pueden entender solamente en términos económicos; nuestro problema es siempre el de entender la *economía política* del sistema mundial capitalista. La distensión con la URSS o las relaciones con la República Popular China no se reducen, pues, a la búsqueda de nuevos mercados, sino que además forman parte, y esto puede ser aún más importante, de una reorganización política del poder mundial. Con respecto a la política interna de Estados Unidos deberemos examinar las principales contradicciones presentes en la clase dirigente norteamericana.

Los intereses del capital transnacional no son, en muchos aspectos, compatibles con los del sector competitivo industrial nacional. Si consideramos, por ejemplo, la situación en que se encuentra la industria siderúrgica en Estados Unidos, resulta evidente que no puede competir con la producción de acero del Japón o de Europa occidental. Lo mismo vale para la producción automotriz, la electrónica y para otras industrias. Estas empresas requieren de políticas proteccionistas en aquellos casos en que la competencia extranjera puede incursionar marcadamente en el mercado nacional norteamericano, en donde la relocalización a países extranjeros de bajos salarios no puede compensar la pérdida en bienes de capital ocasionada por la clausura de plantas y, sobre todo, en casos donde las ganancias dependen

de la producción nacional norteamericana. Si es que existe una "burguesía nacional" en Estados Unidos, ha de encontrarse en esta fracción de la clase dirigente nacional.

La línea divisoria entre las dos principales fracciones de la clase dirigente norteamericana es la distinción entre empresas *transnacionales* y *nacionales*. Si un conglomerado transnacional tiene propiedades productivas en seis países, las pérdidas de una empresa pueden compensarse con las ganancias de otra, las pérdidas en un país con las ganancias en otro. Desde el punto de vista del capital, estas divisiones en el seno de la clase dirigente son, de hecho, divisiones en el seno de la economía mundial capitalista misma —porque se puede afirmar, en verdad, que el capital transnacional no tiene patria—, lo cual significa que el Estado-nación, en cuanto *unidad económica*, es cada día más obsoleto y que el verdadero campo de acción es la economía mundial misma. Esto significa que el capital internacional (o transnacional) cuyas "matrices", por así decirlo, se distribuyen entre las Potencias Tri-laterales (las metrópolis) —Japón, Estados Unidos y Europa occidental— debe ocuparse de política mundial, de la misma manera que de la economía mundial. Es por esto que el asiento del imperialismo moderno está en las empresas capitalistas hegemónicas de la economía mundial, mientras que el de la reacción, o nacionalismo de derecha, está en la fracción competitiva.

Esto no implica que los gobiernos de los países no sean *útiles y necesarios* para los intereses de las transnacionales. El imperialismo requiere de ejércitos y títeres, de satélites y aliados, pero, en un mundo que todavía está políticamente dominado por las entidades nacionales y el nacionalismo, sólo una nación (es decir, su gobierno) es capaz de producir la carne de cañón, los policías, las cárceles y campos de concentración, las leyes, las alianzas políticas y los títeres políticos, todos disfrazados con ideologías que justifican y legitiman la subordinación de pueblos enteros a las demandas del capital. No cabe duda de que ésta es una contradicción en el mundo actual, porque de la misma forma que un gobierno nacional puede servir a los fines del capital transnacional, puede también proteger los intereses del capital nacional.<sup>1</sup> Así vemos que, en Estados Unidos, el renacimiento del nacionalismo de derecha y la oposición en el congreso a la distensión con la URSS, al acuerdo SALT II, al tratado

---

<sup>1</sup> Y, por supuesto, en algunos casos afortunados podrá proteger a las masas de su pueblo adoptando un modo socialista de desarrollo. Inútil sin embargo decir, por triste que sea, que el modo socialista de desarrollo no retira a un país socialista de la economía mundial capitalista, motivo por el cual estamos totalmente de acuerdo con otra declaración contenida en la Declaración Internacional del Ejército Guerrillero de los Pobres: "La victoria revolucionaria abre una necesaria etapa de transición entre un sistema y otro, entre el capitalismo y el socialismo. Esta etapa persistirá hasta que haya un cambio decisivo en la correlación de fuerzas que favorezca al socialismo como sistema mundial".

sobre el canal de Panamá y a cuestiones relacionadas con éstas refleja una respuesta nacional a las consecuencias nacionales de una crisis que es al mismo tiempo interna y mundial.

Carter ganó las elecciones presidenciales de 1976 con una campaña populista, cuyas promesas no tenía intención alguna de cumplir, ya que, como pronto resultó evidente, estaba comprometido con el programa Trilateral de reconstrucción del papel hegemónico del capital transnacional. Semejante programa, en sus aspectos más amplios, implicaba una estrategia imperial en el plano internacional y un programa de "capitalismo de austeridad" en el nacional.

El capitalismo de austeridad, que requiere de un descenso general del nivel de vida, aunque está dirigido primordialmente en contra de la clase trabajadora, también perjudica a la industria nacional y a las clases medias. El capitalismo de Estado es un producto predecible del capitalismo de austeridad, ya que los impuestos se canalizan cada vez en mayor medida al sector tambaleante de la iniciativa privada. Pero si bien pueden inyectarse miles de millones de dólares de fondos públicos en corporaciones como Chrysler o en conglomerados del ramo de servicios como American Management Services, las empresas medianas y pequeñas se dejan a merced de la inflación, la recesión y las vicisitudes de las políticas "librecambistas". *Por lo tanto las consecuencias de la política interna de Carter fueron tanto la estimulación del crecimiento del ala derecha en el sector pequeño-empresarial de la clase media, cuanto la creación de presiones que impulsaron a las tendencias progresistas y populistas en los "nuevos" sectores asalariados y profesionales de las clases medias al irse proletarizando éstos cada vez más.* El capitalismo de austeridad, o lo que llamamos la "ofensiva general contra el sector obrero", consiste en un ataque doble: 1] se opone a las medidas proteccionistas en favor de la industria nacional, lo cual produce desempleo masivo; 2] se opone a los programas de interés social que desvían al capital estatal hacia los servicios sociales, mientras exige al mismo tiempo que se mantengan los salarios muy por debajo *tanto* de lo que exigiría la tasa de inflación cuanto del nivel de salarios establecido para los obreros sindicalizados. Esto explica por qué Carter se opone a los controles de precios y salarios; por qué ha recortado sistemáticamente los fondos destinados a servicios sociales, proponiéndose recortarlos aún más; por qué ha permitido aumentos masivos en las ganancias de las compañías petroleras transnacionales (la mayoría de las cuales son conglomerados que operan tanto en la industria extranjera como en las finanzas internacionales). Estas políticas internas dieron por resultado la desafección no sólo de la industria nacional sino también del sindicalismo burocratizado, normalmente manso, porque

los regímenes que representan los intereses del capital transnacional siempre son impopulares tanto con el público en general como con la clase obrera. Carter abandonó muy pronto la coalición demócrata clásica (forjada por Franklin Roosevelt) que tenía sus bases en la clase obrera, las minorías nacionales y raciales, las mujeres y los des-empleados. Carter escogió, más bien, políticas encaminadas a conciliar, y por tanto neutralizar, a la oposición de derecha, y dichas políticas culminaron en la actual situación mundial.

A corto plazo Carter pudo manejar a la fracción competitiva y sus aliados. Podía contentar a la industria nacional negándose a imponer controles de salarios y precios, mientras usaba al mismo tiempo la autoridad presidencial para obligar a los obreros a aceptar una estructura salarial en continua erosión, ya que la inflación, que se rehusó a controlar en forma efectiva, rebaja los salarios en todos los sectores de la clase obrera. En consecuencia, la carencia de política respecto a la inflación del régimen de Carter está encaminada a permitir que la industria nacional compita con los productos extranjeros de países del Tercer Mundo de niveles salariales bajos. En otras palabras, Carter representa una política de "igualación" mundial de los salarios, ya que de-prime los salarios reales en las metrópolis, especialmente en Estados Unidos. Es por esto que debemos suponer que Carter no tomó medidas decisivas para controlar la inflación porque no lo quería, ya que la inflación transfiere de hecho grandes cantidades de riqueza a las corporaciones transnacionales (que determinan la tasa de inflación) y a la industria nacional sin imponer medidas "antidemocráticas" a la clase trabajadora norteamericana. Lo que quiere decir esto es que existe una base material para un auténtico internacionalismo proletario en las clases trabajadoras de los países metropolitanos, ya que mientras haya salarios deprimidos en los países periféricos, hay una presión constante que tiende a reducir los niveles salariales en las metrópolis. Si bien era cierto que la hegemonía mundial tal como existía en los años cincuenta y sesenta permitía que subiera el nivel de vida norteamericano, la actual situación mundial de competencia notablemente agudizada en el mercado mundial crea condiciones en las cuales los salarios no pueden subir; tienen, de hecho, que deprimirse, por tanto tiempo como el gobierno, norteamericano se guíe por los principios del "libre cambio".

En el área de relaciones extranjeras Carter y sus representados se enfrentaban a las desventajas de una presidencia que sucedía a la de Nixon y al periodo de la guerra de Vietnam. Una presidencia casi inmediatamente posterior a la de Nixon significaba que el Poder Ejecutivo estaba enormemente debi-

litado frente al Congreso en un momento en que éste estaba cuajado de representantes de las nuevas tendencias conserva-doras y reaccionarias. Estas tendencias son extremadamente nacionalistas y belicosas, como se vio claramente en los intentos por bloquear el Tratado del Canal de Panamá, en su apoyo al programa de cohetes de la OTAN, en su oposición al acuerdo SALT II y en sus demandas de intervención militar en Irán, en la región del Caribe y América Central. Ante la inexistencia de un ala izquierda en Estados Unidos y el colapso de los movimientos contra la guerra y en defensa de los derechos civiles, Carter fue empujado (cuando no saltó voluntariamente) hacia la derecha, ya que actualmente no existe una oposición organizada a la creciente hegemonía de la derecha a nivel del gobierno. Enfrentado a un Congreso belicoso y derechista, Carter se encontró una amplia desconfianza, tanto en el propio país como en el exterior, con respecto a la política internacional norteamericana, que volvía vulnerable su régimen a cargos de "debilidad" o "blandura con el comunismo". El problema de Carter era cómo restaurar la credibilidad norteamericana tanto dentro como fuera del país mientras construía al mismo tiempo la voluntad y la capacidad nacional para restablecer la capacidad del gobierno norteamericano de emprender intervenciones militares en defensa de sus intereses. De allí que el "respiro" proporcionado a las fuerzas revolucionarias mundiales por la derrota norteamericana en Vietnam haya sido de una brevedad mínima.

Para restaurar la credibilidad norteamericana, Carter lanzó su estrategia de defensa de los "derechos humanos". A pesar de la evidente hipocresía de cualquier pretensión de Carter y de la clase dirigente norteamericana a decir *una palabra* respecto a los derechos humanos, las fuerzas revolucionarias mundiales aprovecharon el breve tiempo de respiro que les tocó, y fue cayendo un régimen reaccionario y dependiente de Estados Unidos tras otro. La respuesta de Carter a estos acontecimientos, y a la escalada de los ataques del Congreso contra la "debilidad" del régimen, fue agitar el espectro del "aventurerismo cubano-soviético" y la "amenaza soviética". Esta estrategia, combinada con provocaciones mundiales múltiples por parte de la Unión Soviética, resuelve, o parece resolver, algunas de las dificultades de Carter: 1] le permite gritar más fuerte que los representantes del anticomunismo de derecha, que considera como su principal problema político en el plano nacional; 2] le permite aumentar el presupuesto militar en sesenta mil millones de dólares, acallando así al bloque nacional "militar-industrial" con el botín económico consecuente, y desarrollar al mismo tiempo su Fuerza de Despliegue Rápido ("estratégica"), obviamente intervencionista, es decir, rehabilitar al imperialismo norteamericano.

De esta forma la última política extranjera del presidente Carter nos llevó a paso acelerado de la era de la distensión a la era de la nueva guerra fría, una era de creciente inestabilidad, impredecibilidad y equilibrios al borde del abismo de la guerra atómica, precisamente en momentos en que la insatisfacción interna con la política nacional de Carter era tan difundida que ya se cuestionaban sus posibilidades de reelegirse. Cabe poca duda de que Carter, sea por estupidez e ineptitud o bien por designio, precipitó *tanto* la crisis de Irán *como* la de Afganistán. Carter estuvo pues en condiciones, cuando menos por un tiempo, de crear una "presidencia beligerante", de clima de guerra, en que se podía recurrir al pretexto de la "seguridad nacional" para exigir lealtad al presidente en funciones debido a que existía un estado de "emergencia nacional". De esta manera Carter intentó garantizar tanto su reelección como la continuación del poderío de la fracción transnacional dentro del gobierno norte-americano.

Desde la perspectiva de los marxistas norteamericanos, encontramos de importancia examinar los efectos posibles del renacimiento de una política norteamericana de guerra fría sobre la lucha de clases en América Latina, y muy especialmente el renovado peligro de intervención norteamericana, dado que la clase dirigente transnacional norteamericana siempre ha considerado a América Latina como su coto de caza particular. El peligro de que las fuerzas antibélicas norteamericanas tienen que estar preparadas para enfrentar y combatir sin concesiones es que, como respuesta a las derrotas sufridas en otras partes del mundo, Estados Unidos intensificará seguramente sus esfuerzos para preservar la hegemonía transnacional norteamericana en América Latina. El derrocamiento brutal del régimen de Allende fue únicamente el ejemplo más extremo de la determinación de Estados Unidos de aplastar la revolución popular en América Latina. Si Panamá y Nicaragua representan concesiones forzadas del imperialismo norteamericano, Chile debe recordarnos que no hay que dar por supuesta ninguna moderación en las acciones norteamericanas.

Pero hay otra fase más inmediata del cambiante equilibrio de poderes en el mundo que también debe ser vigorosamente combatida por las fuerzas antibélicas y antimperialistas, tanto las existentes como las que *se deben crear*, y es la resurrección deliberada del temor a la "amenaza soviética" emprendida por las fuerzas de Carter por los motivos más cínicos y oportunistas. Durante bastantes años le fue útil a los intereses de la clase dirigente transnacional norteamericana la política de distensión con la Unión

Soviética. Los esfuerzos encaminados a la distensión moderaban la rivalidad competitiva fundamental entre Estados Unidos y la URSS; pero, y esto era más importante, prometían además estabilizar las relaciones oriente-occidente y así se creó, cuando menos por un tiempo, un clima internacional más favorable tanto para el capital occidental como para las luchas de los pueblos del Tercer Mundo. Podríamos incluso decir que el pueblo de Nicaragua se benefició indirectamente de este clima.

Una de las primeras señales de la postura cada vez más agresiva de Washington fue la invención de una "crisis" mediante el súbito "descubrimiento" de tropas soviéticas en Cuba —tropas que, como admitiera el mismo Carter, habían estado allí durante varios años— que se utilizó como pretexto para un programa para reestablecer e intensificar progresivamente la hegemonía militar norteamericana en el Caribe y en las regiones centroamericanas. Desde entonces el régimen de Carter tomó una serie de medidas para contrarrestar la influencia cubana (que considera, para fines de propaganda, como subsidiaria de la influencia soviética) e impedir "otra Nicaragua".

En términos más amplios el melodrama propagandístico en torno a Cuba fue el primer disparo en la ofensiva mundial del régimen de Carter contra la Unión Soviética. Esta ofensiva más amplia equivale nada menos que a la reanudación de la guerra fría. En octubre de 1979 Carter provocó la crisis de Irán en los momentos mismos en que era evidente para los dirigentes de la Unión Soviética que Carter no sólo no podía lograr la aprobación del tratado SALT II sino que además estaba provocando cada vez más agresivamente a la Unión Soviética. La crisis a la que se enfrentaba el gobierno revolucionario de Afganistán condujo a su solicitud de apoyo directo de parte de la URSS con el fin de estabilizarse y controlar la contrarrevolución (que tomó la forma de una operación desestabilizadora clásica de tipo chileno). Posteriormente, la intervención soviética en Afganistán dio a Carter oportunidad de crear una falsa "crisis nacional frente a la agresión soviética" que le permitió: 1] hacer su campaña electoral en momentos en que parecía estar "salvando al país"; 2] desviar la atención pública de su forma completamente estúpida de manejar la crisis de los rehenes en Irán; y 3] presentarse una vez más como el Cruzado Cristiano de los "Derechos Humanos" (con tal de que no se tratara, por supuesto, de los derechos humanos en Corea del Sur, Filipinas, Arabia Saudita, Israel, Argentina, Brasil, Chile, Uruguay, etcétera). La explotación por Carter de las acciones soviéticas en Afganistán también fue un intento por vencer la aversión del pueblo norteamericano a la intervención norteamericana en países extranjeros despertando y exacerbando su fervor "patriótico" e invocando la "amenaza rusa" y

los ingentes misterios de la "seguridad nacional".

En combinación con la decadencia estratégica a nivel mundial de Estados Unidos, la destrucción por Carter de la política de distensión y el desenlace de la nueva guerra fría resultó un giro extremadamente peligroso de la política norte-americana. La "Doctrina Carter" reflejó el deseo del gobierno norteamericano de emprender una ofensiva antisoviética para justificar, en nombre de la "seguridad nacional", una situación de agudas privaciones para el público norteamericano y para reafirmar el poderío norteamericano con el fin de compensar la limitación y decadencia del imperialismo norteamericano. Y sin embargo, justamente porque el imperialismo norteamericano es, de hecho, limitado, esta ofensiva es más provocadora, menos controlada y menos predecible. Una vez más la clase dirigente transnacional norteamericana está dispuesta a intervenir en diversas partes del mundo y amenazar literalmente la paz mundial. En términos más amplios, la provocación norteamericana también es peligrosa por-que probablemente suscite una respuesta menos moderada por parte de la Unión Soviética. Esta situación se vuelve más peligrosa aún por la solidificación de la alianza antisoviética entre Estados Unidos y la República Popular China. En pocas palabras, la era de la distensión está siendo desplazada por una nueva guerra fría, por una era de inestabilidad que incluye la renovada posibilidad de intervenciones norteamericanas contra revoluciones populares e incluso, y ésta es la posibilidad más aterradorante, la de la guerra mundial.

## LOS PROBLEMAS DE UN MOVIMIENTO OBRERO EN ESTADOS UNIDOS

Somos llamados, en realidad, a una tarea histórica que parece tan superior a nuestras fuerzas, que debe emprenderse en una escala tan vasta, que demasiadas de las fuerzas progresistas de este país se han negado incluso a considerar seriamente dicha tarea. Quienes están en las filas de la izquierda norteamericana, o lo que queda de ella, con demasiada frecuencia han preferido la fácil tarea de aplaudir a los *otros* pueblos que emprenden la lucha, de presentar en tonos románticos el valor y el martirio de los militantes de otros países, con el fin de sentir, al apoyar activamente su lucha desde la seguridad de sus propios hogares o salones de clase, que ellos también "combaten al imperialismo". Pero ¿lo hacen en realidad? "¿Combaten al imperialismo?" Creemos que no.

Creemos que los pacifistas, los grupos antimperialistas, por bien intencionados y progresistas que

puedan ser, hacen más para justificar las pretensiones del gobierno norteamericano de ser "democrático" y "respetuoso de los derechos humanos" que para "combatir" la persistencia y práctica del imperialismo norteamericano, que equivale a la hegemonía de la empresa capitalista norteamericana en la economía mundial. Éstos son juicios severos, que muchos resentirán. Pero las actitudes defensivas no cambiarán la realidad. El aferrarse a los espejismos de los sesentas no logrará reconstruir un movimiento "antimperialista" que se evaporó al finalizar la reclutación nacional forzosa; no afectará al colapso del movimiento estudiantil; no detendrá la revitalización del militarismo y del anticomunismo rabioso por un presidente desesperado y oportunista.<sup>2</sup> Debemos enfrentar la realidad de que la guerra fría nos amenaza de nuevo, entre las ruinas de la distensión, aunque todavía es posible que luchemos contra estos procesos, hemos sido impotentes para evitarlos.

Pensamos que a la larga la *única* manera en que podemos "combatir al imperialismo", es decir, la única manera en que podemos ser fieles a la demanda de un internacionalismo proletario de carácter permanente, es movilizar a las masas de nuestro propio país, apuntar al corazón del imperialismo norteamericano, porque explota y oprime a nuestras propias clases trabajadoras y sólo nuestro propio pueblo puede aplastarlo en sus raíces. Esto no significa que no debemos dar todo el apoyo que podamos a los movimientos populares ajenos, ya sea con manifestaciones o con dinero o con lo que se necesite; pero sí significa que esto no basta. Significa que no podemos seguir fingiendo que un "movimiento antimperialista" aislado y en gran medida ineficaz es una respuesta aceptable o suficiente a las demandas históricas que se nos presentan. ¿Cuáles son estas demandas? Se expresan claramente en la Declaración Internacional del Ejército Guerrillero de los Pobres (Guatemala):

Todo esto señala una fase crucial en la historia del poder yanqui. En la última década el pueblo norteamericano ha sufrido las consecuencias de la crisis militar en Vietnam, la crisis institucional política y moral de Watergate y la inflación económica; ahora deben soportar los efectos generales de una recesión planeada, encaminada a lograr la sobreexplotación de la clase trabajadora norteamericana. Este severo golpe contra la clase trabajadora es la expresión más clara de la nueva crisis económica en Estados Unidos.

La crisis a la que se enfrenta la metrópoli yanqui es más profunda y extensa que antes, hecho que

---

2 El presente artículo se escribió antes de la elección de Ronald Reagan como presidente. [T.]

vuelve inevitable que se generalicen las contradicciones políticas. Al agravarse las condiciones de la lucha de clases, las masas del pueblo norteamericano dirigirán su lucha no sólo contra un nuevo régimen cuadrienal, sino contra el sistema mismo. No es ilusorio, en estas circunstancias, prever el surgimiento de nuevas coaliciones sociales y políticas en Estados Unidos.

En esta medida, los pueblos oprimidos y explotados que luchan por su liberación están contando cada vez más con la naciente identidad de clases y solidaridad de las masas del pueblo norteamericano, destinadas a cavar la tumba del imperialismo yanqui.

Es imposible, ante una declaración como ésta, evitar plantearse esta pregunta fundamental: ¿podemos nosotros, en tanto ciudadanos norteamericanos, decir que existe una izquierda efectiva, o siquiera un movimiento progresista, en nuestro país? Creemos que tenemos que responder, honradamente, que no existe tal movimiento. Debemos reconocer esta realidad, y esto significa no sólo reconocer que el fracaso de la izquierda en Estados Unidos es un fracaso a nivel nacional al no satisfacer la necesidad y demanda masiva de semejante organización de fuerzas entre nuestra propia gente; sino también reconocer que sin una izquierda efectiva, enraizada en las masas del pueblo norteamericano, no es posible cumplir con nuestra responsabilidad en la lucha internacional contra el imperialismo norteamericano y la hegemonía del capital transnacional que representa en el plano mundial.

A grandes rasgos los motivos históricos del colapso de la izquierda norteamericana después de la segunda guerra mundial están bastante bien documentados. Las dos principales fracciones de la clase dirigente norteamericana —la fracción representada por la industria competitiva en busca de nuevos mercados y la otra dominada por el sector financiero y monopolístico— aunque de orientación diferente, estaban unidas en el deseo de mantener y profundizar la hegemonía del capitalismo occidental en la economía mundial contra su único competidor, el creciente grupo de países socialistas. Para realizar estas ambiciones hegemónicas, esta lógica del poder mundial, era necesario que la izquierda nacional, representada por el movimiento obrero y el partido comunista norteamericano, fuera expurgada o reprimida. Para cumplir con ambos objetivos, a saber, mantener su dominación sobre la economía mundial capitalista y vencer a la oposición interna, los estratos dirigentes inventaron el "pánico rojo" macartista, la "amenaza rusa" y la mitología de la inminente "dominación del mundo por el comunismo". La subsiguiente purga de militantes obreros y progresistas sentó los cimientos para la asi-

milación y neutralización absoluta del movimiento obrero por el colaboracionismo de clase, en cuyas redes todavía sigue preso. La represión y el virtual colapso del partido comunista en esa época dejó un vacío en el cuerpo político norteamericano, vacío llenado por los liberales de la época de la guerra fría, aliados con la fracción financiera y monopólica euro-céntrica de la clase dirigente norteamericana. El resultado neto de la política de guerra fría impuesta al pueblo norte-americano fue la sustitución de la izquierda obrera por la hegemonía de un *establishment* liberal anticomunista de clase media.

Aunque no sea aquí nuestra intención revisar los últimos treinta años de la vida política norteamericana, hay que tomar en cuenta que los norteamericanos no podemos entender nuestra historia reciente si no nos percatamos de las consecuencias de la asimilación y anulación del movimiento obrero en Estados Unidos y Canadá, porque sin una base en la clase obrera, no puede decirse que exista una izquierda efectiva. Además, jamás existirá una izquierda efectiva en Estados Unidos mientras toda oposición posible esté indisolublemente casada con la ideología del anticomunismo y encadenada a las premisas del liberalismo burgués, que es el otro lado de la moneda anticomunista. Las formaciones proto-socialdemócratas que emergen actualmente de las clases medias presentan a las clases trabajadoras norteamericanas las mismas contradicciones y tentaciones que las diversas variedades de socialdemocracia que surgen en Europa y América Latina. Sin embargo es posible que los peligros sean mayores en Estados Unidos, porque la socialdemocracia no surge aquí en el con-texto de un movimiento obrero desarrollado (como en Europa) o en rápido desarrollo (como en América Latina). La clase obrera norteamericana se enfrenta a los peligros implícitos en la continuada hegemonía de los liberales de izquierda de la clase media (frecuentemente disfrazados de socialistas "no sectarios" o "democráticos"), ejercida sobre las fuerzas renacientes de la resistencia obrera, fuerzas que con seguridad se desarrollarán estimuladas por el ataque masivo contra sus salarios y derechos políticos.

Sin embargo, en la guerra política es con frecuencia cierto que "el enemigo de mi enemigo es mi amigo", de manera que reconocemos, como también reconocen los militantes que hablan a través de la Declaración Internacional citada, que no podemos simplemente rechazar las formaciones proto-socialdemócratas en aquellos casos en que hay una base común de unidad. Semejante base común existe, por ejemplo, en la oposición a la guerra nuclear, a la reanudación de las intervenciones militares directas de Estados Unidos y en la movilización del apoyo público a las luchas de liberación que se

desarrollan en Africa, Asia y América Latina. Sin embargo, la desunión que tiene necesariamente que haber entre un movimiento obrero y las formaciones izquierdistas-liberales y socialdemócratas se encontrará precisamente en aquellas áreas en que hay un conflicto entre los intereses de la clase obrera y los de la clase media, por ejemplo: 1] En la lucha en torno a la distribución de la riqueza, ya que la clase media se esfuerza por mantener su nivel de vida y está dispuesta a hacer caso omiso de la lucha de la clase obrera por mantener sus salarios y servicios sociales; 2] en la lucha contra las formas del capitalismo de Estado bienestarista y su sistema de control de los sectores permanente o periódicamente desempleados y los sectores sobreexplotados de la clase obrera; 3] en la lucha contra el capital, ya que la proto-socialdemocracia sustituye con un programa de "democracia económica" el de la nacionalización y control obrero; 4] en los esfuerzos por formar un partido laboral (o partidos laborales) que sustituya los programas (propios de la clase media) de "organización socialista democrática" en el seno del Partido Demócrata, o bien un "Partido de los Ciudadanos" que represente la demanda de reformas adecuadas a los intereses de la clase media pero con frecuencia antagónicas a las necesidades de la clase trabajadora; 5] dentro del movimiento pacifista y antimperialista surgen difíciles enfrentamientos respecto a las posiciones básicas que se adoptarán hacia los países socialistas, la Lucha armada y demás, todo centrado en torno al anticomunismo. Estas últimas luchas entre distintas perspectivas políticas surgen porque un movimiento obrero se encontrará obligado a oponerse al anticomunismo ideológico y al liberalismo burgués, no por motivos *morales* sino porque el anticomunismo ideológico es una de las principales armas con que cuenta el imperialismo norteamericano.

Estos ejemplos no son sino la punta visible del iceberg, indicios mínimos de grandes problemas de fondo, porque si bien un movimiento obrero no puede expresar actitudes sectarias en donde se requieren movimientos masivos transclasistas, el caso de un movimiento antimperialista en un país metropolitano, tampoco debemos permitir que la participación en tales coaliciones nos conduzcan al oportunismo. El precio que pagaríamos sería el de contemplar la liquidación de nuestras costosas ganancias, convertidas en formas de liberalismo burgués, como ocurrió durante la primera guerra fría, proceso que desarmó al movimiento obrero y lo convirtió en poco más que un instrumento para contener la militancia y resistencia de la clase trabajadora.

La particular situación histórica en que estamos dentro de Estados Unidos coloca a aquellos de nosotros que intentamos organizar y trabajar dentro de un movimiento 'obrero en una situación tan

contradictoria como la de nuestros camaradas en tantos otros países: no podemos evitar la coalición en don-de *puede* existir unidad con principios; no podemos tampoco evitar el conflicto en donde *tiene que* existir desunión por fidelidad a los principios. En Estados Unidos nuestra situación se complica más por la debilidad misma, de hecho la virtual inexistencia de un movimiento obrero enraizado en las masas, especialmente cuando se le enfrenta y 'opone un sindicalismo burocratizado universalmente procapitalista y colaboracionista.

Tal vez muchos de nuestros camaradas latinoamericanos podrán entender mejor nuestro problema cuando consideran que los esquemas estratégicos mismos de la contrainsurgencia de "línea blanda" — por ejemplo, la actividad política de la AFL- CIO en el movimiento obrero latinoamericano, o la súbita afición de Carter y la Trilateral por "la alternativa" socialdemócrata a las amenazas "comunistas"— se "experimentaron", por así decirlo, con el conejillo de indias de la clase obrera norteamericana en los años del Nuevo Trato de Roosevelt y el periodo de la guerra fría inmediatamente posterior a la segunda guerra mundial. No nos cabe duda que, al crecer la resistencia de la clase trabajadora al ataque general contra el trabajador en los países metropolitanos, hay dos maneras en que puede proceder la clase dirigente norteamericana a nivel nacional: 1] permitir el crecimiento de formaciones proto-socialdemócratas, con la esperanza de asimilarlas con todo y sus bases en una nueva coalición como la del "New Deal" de los treintas; o bien 2] adoptar el argumento, que está ganando fuerza, de que Estados Unidos sufre de un "exceso de democracia", que la estabilidad requiere que el gobierno norteamericano avance en una dirección mucho más reaccionaria incluso que en las décadas de 1920 y de 1950. Ante estas opciones (y otras que no podemos prever) los militantes dedicados a forjar un auténtico movimiento obrero tienen que resignarse a un largo periodo de lucha contra la oposición y de organización entre las bases de la clase trabajadora sindicalizada y las masas de la clase trabajadora "más baja y profunda": los desempleados, marginalmente empleados, no sindicalizados o "ilegales". Estas masas son un sector análogo al de los campesinos y proletarios rurales de América Latina; no iguales, ciertamente, pero partícipes de un grado relativo de sufrimiento agudo y desesperación que lleva a estas masas a ejercer enormes presiones en pos de un cambio fundamental, del socialismo y de un Estado obrero.

Hemos tratado de examinar los problemas reales de la izquierda norteamericana, y muy especialmente sus debilidades y limitaciones. Nuestras deficiencias no pueden ser pretextos para la

inacción, sino que fluyen de obstáculos que hay que vencer. Pero en el proceso de la crucial tarea de reconstruir un movimiento obrero viable, no podemos dejar de enfrentar-nos a la responsabilidad inmediata que nos corresponde como ciudadanos colocados "en el vientre del monstruo". Debemos reconstruir un movimiento antimperialista (pacifista, antibélico, el nombre no importa) que sea capaz de montar una oposición importante a las políticas de nuestra clase gobernante, que es también la sede del imperialismo moderno. De hecho las dos tareas —la reconstrucción del movimiento obrero y la de un movimiento antimperialista— no son contradictorias, sino complementarias, porque una no puede darse sin la otra.

## EL DESAFÍO QUE REPRESENTA RECONSTRUIR UN MOVIMIENTO ANTIBELICO EFECTIVO EN ESTADOS UNIDOS

Las graves amenazas de guerra del mundo actual exigen un máximo esfuerzo de las fuerzas progresistas dentro de Estados Unidos. Mientras Estados Unidos exista como potencia capitalista hegemónica dentro del actual sistema mundial capitalista, la lógica misma de su existencia lo impulsa al imperialismo, hacia el uso de la fuerza y la violencia para mantener los intereses del capital transnacional. Al mismo tiempo, la ausencia de fuerzas coherentes que se opongan al monopolio de poder ejercido por la clase dirigente transnacional y la falta de un movimiento antibélico efectivo seguirán permitiendo que se perpetúe el militarismo norteamericano y se practiquen intervenciones imperialistas contra las revoluciones populares con sólo una esporádica oposición de parte de los ciudadanos norteamericanos. Es por esto que recae una carga tan pesada sobre los hombros de las masas norteamericanas. Sólo el pueblo norteamericano puede cambiar la naturaleza de su propio gobierno; por tanto nos toca a nosotros reconstruir, sobre una base firme, un movimiento antibélico efectivo. Seguramente la experiencia de nuestra masiva oposición a la guerra de Vietnam nos ofrece muchas lecciones inapreciables que no debemos ignorar si hemos de reconstruir una oposición de izquierda a las guerras imperialistas, abiertas o encubiertas, "limitadas" o no, emprendidas por parte de nuestro gobierno.

La primera lección es el peligro que representa el sectarismo tanto de izquierda como de derecha. El sectarismo representa tal peligro porque nos enfrentamos a la necesidad de construir un movimiento de millones de personas y semejante movimiento tiene que ser transclasista y encaminado casi ex-

clusivamente a un solo fin. ¿Por qué? Porque hay tantas distintas clases de personas que pueden oponerse todas a la guerra, pero no por los mismos motivos. La imposición de lineamientos específicos invita al sectarismo y el resultado es que lo que debería ser un movimiento de masas se astilla en mil fragmentos impotentes (por puros que sean). No se pueden encontrar mejores ejemplos de este proceso destructivo que el aislacionismo anticomunista de las formaciones proto-socialdemócratas cuyo acerbo sectarismo se disfraza de "no-sectarismo", y también, de parte de la izquierda, en el infantilismo de la "Nueva Izquierda" que hizo pedazos a un movimiento estudiantil por intentar "politizar" (de acuerdo con tres o más "líneas absolutamente correctas") un movimiento que de hecho se fundaba en la gran renuencia de los jóvenes universitarios de clase media a morir en el lodo de Vietnam. La "politización" duró tanto como la conscripción.

La segunda lección crítica del movimiento civil antibélico de los sesentas es que *no* era transclasista, sino casi exclusiva-mente de clase media y, en su mayoría, estudiantil. La dirección del sindicalismo burocratizado apoyó, muy predecible-mente, a los imperialistas. Pero ¿dónde estaba la oposición de las bases obreras? No podía, seguramente, surgir semejante oposición mientras no se le diera un vehículo apropiado para su expresión. Además la clase trabajadora tenía todos los motivos del mundo para resentir a los niños privilegiados que parecían estar destruyendo lo que la clase obrera no podía alcanzar pero valoraba enormemente: las universidades. No dejó de percatarse la clase trabajadora, y en especial la clase trabajadora negra, que *ellos sí* estaban muriendo en el lodo de Vietnam mientras que los "revolucionarios" y "neo-izquierdistas" gozaban de suspensiones del servicio militar obligatorio por estar siguiendo una carrera universitaria.

Finalmente, había poco o ningún reconocimiento del verdadero movimiento antibélico obrero: el de los soldados norteamericanos. Este movimiento surgió primero en Vietnam, bajo la forma de negarse a combatir o resistencia pasiva, y, a veces, de unirse al enemigo o disparar contra los oficiales o las propias posiciones. El movimiento se difundió a todos los sectores militares, lo cual exigía un gran valor por parte de sus participantes. El escaso apoyo civil al movimiento de los soldados lo dieron varias tendencias en el interior del movimiento obrero, pero en general el movimiento en su conjunto fue ignorado por el movimiento liberal antibélico y por la "Nueva Izquierda". ¡Peor aún, los soldados que querían unirse al movimiento pacifista civil eran con frecuencia insultados precisamente *por ser soldados*, a pesar de que el movimiento de éstos era el filo cortante de todos los esfuerzos antibélicos!

La resistencia masiva de soldados norteamericanos de ambos sexos tuvo más que ver con el fin de la guerra en Vietnam que cien manifestaciones en favor de la paz. ¿Cuál es, pues, la lección? Que *cualquier* movimiento pacifista efectivo *tiene* que tener una "sección militar" que, por supuesto, se generaría en forma natural a partir de la participación activa de las organizaciones de clase obrera en los esfuerzos antibélicos.

Por estos motivos es de máxima importancia que los militantes que trabajan dentro de un movimiento obrero se cercioren de que la clase obrera esté bien representada en las luchas antibélicas. Esto significa que 1] debe haber algún medio de informar a la clase obrera, con argumentos no morales sino basados en los hechos, de la verdadera naturaleza del militarismo y el imperialismo, y que al mismo tiempo instruya claramente respecto a por qué el imperialismo es directamente contrario a los intereses de la clase trabajadora; y 2] que es precisa la creación de una forma de organización que no sea hostil ni indiferente a la participación de la clase trabajadora en la lucha antibélica y antimperialista. El prejuicio clasista del miembro progresista de la clase media es con frecuencia una verdadera barrera a la participación de la clase trabajadora, y es una barrera que la clase obrera tiene que superar mediante sus organizaciones.

Finalmente, queda la cuestión de la plataforma del movimiento antibélico. Es de esperarse que surgirán muchos tipos de programa y una amplia variedad de organizaciones. Dada tal predecible situación, parece evidente que habrá que formar coaliciones amplias para unificar a una gran variedad de organizaciones. La coalición (si no se ve menoscabada por el faccionalismo y el sectarismo) es la forma de organización mejor adaptada a los movimientos transclasistas que se proponen un solo objetivo principal. En las coaliciones no sectarias es posible para cada organización perseguir sus metas sociales más amplias autónomamente, al mismo tiempo que apoyan y participan en una actividad antibélica conjunta y unificada.

Por supuesto que la oposición al imperialismo norteamericano no es en realidad "una sola cuestión" sino un conglomerado de cuestiones. Idealmente uno desearía planear plata-formas que las incluyeran todas, pero es idealista suponer que una coalición que abarcara buen número de tendencias pudiera ponerse de acuerdo en qué cuestiones habría. que formular o cómo formularlas. Las coaliciones funcionan mejor cuando tienen objetivos unitarios claramente definidos que no impiden la libertad de

acción de sus organizaciones miembro. De esta forma hasta las tendencias divergentes pueden colaborar en pos de una meta común sin exigir una unión que sacrifique principios ni tampoco plantee demandas unilaterales a una u otra facción de que se plieguen para llegar a un compromiso. Aunque las dificultades a las que se enfrenta cualquier intento de recrear un movimiento antibélico son formidables, no son insuperables. Seguramente es cierto que una de las tareas históricas clave de las clases progresistas de una potencia imperial es la de oponerse al imperialismo y, a la larga, aplastar la forma de organización social que procrea.

Aprovechamos esta oportunidad para hacer unos breves comentarios acerca de lo que provisionalmente proponemos como programa inicial para un movimiento antimperialista (o antibélico, porque ¿no son, acaso, lo mismo?). La primera prioridad deberá ser impedir la intervención en los asuntos de otros países, sea mediante la agresión militar directa o mediante la subversión encubierta, como la usada en Chile anteriormente y ahora en Afganistán y en otras muchas partes del Tercer Mundo. En segundo lugar, exigir que se ponga término a todo apoyo económico y militar a regímenes represivos. En tercer lugar, que todas las formaciones militares tales como la "Fuerza de Despliegue Rápido", o la "Fuerza Conjunta para Contingencias en el Caribe" sean disueltas. En cuarto lugar, que haya una reducción masiva del presupuesto de "defensa" (guerra), que consume cerca de la mitad de la riqueza nacional pública y que se abandonen las armas nucleares y la idea de una guerra nuclear táctica.

En conclusión pensamos que es crucial que los progresistas norteamericanos entiendan que el imperialismo norteamericano descansa en el anticomunismo ideológico y en las mitologías respecto a la "amenaza soviética". Perpetuar estas ideologías y mitologías es perpetuar la justificación primordial del militarismo norteamericano y el imperialismo norteamericano. Si Cuba hubiera intervenido en Chile para impedir la destrucción del gobierno de Allende, ¿hubiera sido eso una "agresión soviética"? Si Angola hubiera caído frente a las tropas sudafricanas ¿se habría servido a la causa de la libertad y la democracia? Una cosa es criticar a cualquier gran potencia, trátase de los Estados Unidos o de la Unión Soviética; otra muy distinta es echar leña al fuego de la agresividad norteamericana haciéndose eco de la palabrería virulenta e hipócrita de la propaganda imperialista norteamericana tipo Carter para justificar la reanudación de un imperialismo agresivo en nombre de la "libertad".

[Tomado de *Contemporary Marxism*, n. 1, San Francisco, 1980. Traducción de Isabel Fraire.]